
Jeremy Rifkin: “La sociedad de coste marginal cero. El Internet de las cosas, el procomún colaborativo y el eclipse del capitalismo”

Paidós, 2014, 461 páginas

José M. Domínguez Martínez

La popular definición de actividad económica propuesta por Robbins la identifica como la administración de los recursos escasos susceptibles de usos alternativos. Gestionar el problema de la escasez, ahí radica el núcleo de todo problema económico. Es algo interiorizado por todos los estudiantes de Economía desde que abren los manuales básicos de iniciación a la Teoría Económica. Y no puede decirse que esa apelación a la escasez fuera el fruto de algún supuesto esotérico ideado por economistas despegados de la realidad, sino más bien un recordatorio de uno de los rasgos que ha marcado la historia de la humanidad. Hasta ahora, creíamos y, en muchas ocasiones, padecíamos que los recursos disponibles eran escasos, insuficientes para cubrir las inmensas necesidades de la sociedad.

De ese problema primario se derivan los tres problemas básicos a resolver por cualquier organización económica: qué producir, cómo producir y para quién producir. Pero qué ocurriría si, como consecuencia de una insospechada transformación en la forma de producción de los bienes y servicios, gracias a una revolución tecnológica, desapareciera el problema de la escasez y nos encontraríamos con una situación de abundancia al alcance de todos. Casi mecánicamente nos veríamos inclinados a afirmar que, de golpe y porrazo, que habrían desaparecido las tareas de asignación y distribución de recursos. Tal vez podríamos afirmar que la sociedad se habría liberado de toda restricción económica y, de paso, de la necesidad de economistas.

Aunque expuesto de una manera un tanto simplista, el anterior es uno de los principales mensajes que podemos extraer de la obra de Jeremy Rifkin aquí reseñada.

Si usted, como hipotético lector, es economista es probable que, si no hubiese leído dicha obra o conocido su tesis, esté aún bajo los efectos de un *shock*. Si no lo es, es posible que le haya causado asombro y quizás también alguna sensación de confort ante la expectativa de librarse de una vez del incordio de los economistas, que ya se sabe para qué sirven...

En cualquier caso, vaya por delante que el panorama trazado por Jeremy Rifkin, profesor del Programa de Formación Ejecutiva de la prestigiosa Wharton School, en la Universidad de Pensilvania, no es producto de los delirios de un chamán, sino de un concienzudo y minucioso análisis del impacto de las revoluciones industriales a lo largo de la historia y, en particular, de cómo las últimas oleadas en el marco del denominado Internet de las cosas están alterando las formas de organización económica.



El análisis realizado no se circunscribe a la esfera económica en sentido estricto, sino que está inspirado en una visión holística que permita recuperar la relación de las personas con el medio ambiente. Las nuevas tecnologías nos conducen, según Rifkin, a un mundo mejor, donde el egoísmo individual deja paso al interés social y al deseo de compartir. Ni que decir tiene que, aunque no lo exponga de forma explícita, el autor de la obra repudia las tesis hobbesianas y respalda las rousseauianas acerca de la bondad intrínseca del ser humano. Quizás esto ayude a explicar la casi completa ausencia a las actividades delictivas o a las informaciones inadecuadas que, junto a un extraordinario vergel de utilidad, cohabitan en el universo de Internet. Solo el ciberterrorismo y los *hackers* informáticos reciben alguna atención secundaria.

Nos encontramos ante un libro extenso, denso, cargado de argumentos, bastante reiterativos y en algunas ocasiones no exentos de tintes doctrinarios y ciertos sesgos valorativos. Lo anterior no debe impedir, a nuestro juicio, calificar “La sociedad de

coste marginal cero” como una obra de gran interés, sólidamente argumentada y ampliamente documentada. Cinco son las partes en las que estructurada, con quince capítulos, a los que se añade otro introductorio y un epílogo.

En el capítulo primero nos introduce en el gran cambio de paradigma, del capitalismo al procomún colaborativo, expresión por la que se designa a algo que se tiene en común y que se gestiona colectivamente. Rifkin considera que el capitalismo seguirá formando parte del panorama social, pero duda que siga siendo el paradigma económico dominante en la segunda mitad del presente siglo, en la que el procomún colaborativo tomará el relevo.

El autor, tras constatar los logros cosechados por el capitalismo como paradigma económico, subraya que, irónicamente, su declive no se debe a ninguna fuerza hostil, sino que es el resultado del enorme éxito de los supuestos operativos que lo rigen. Su razón de ser es llevar todo aspecto de la vida humana al ámbito económico para transformarlo en una mercancía que se intercambia en el mercado como una propiedad. La competencia obliga a las empresas a introducir unas tecnologías cada vez más sofisticadas que incrementan la productividad hasta un nivel óptimo en el que el coste marginal de producción se aproxima a cero. Esto llevará, como ya está sucediendo, a una era de bienes y servicios gratuitos o casi gratuitos. Dentro de pocos años, los prosumidores (consumidores que participan en la producción de los bienes que consumen y que pueden compartir con otras personas), conectados a inmensas redes internacionales, producirán energía verde y servicios y productos físicos, y aprenderán en aulas virtuales.

La llegada a una situación de coste marginal nulo representaría el estado de eficiencia óptimo para fomentar el bienestar general y representaría el triunfo supremo del capitalismo, pero ese momento glorioso marcaría, según Rifkin, su inevitable desaparición de la escena mundial.

Uno de los factores determinantes de tan impresionante cambio es el desencadenamiento de la que califica como tercera revolución industrial, ligada al denominado Internet de las cosas (de las comunicaciones, de la energía y de la logística): “El resultado es que los beneficios empresariales se están empezando a evaporar, los derechos de propiedad pierden fuerza y la economía basada en la escasez deja paso, lentamente, a una economía de la abundancia”.

En la primera parte se nos ofrece lo que el autor de la obra considera que es la historia no contada del capitalismo. En ella relata la importancia del procomún en la economía de la Europa feudal y el nacimiento del capitalismo, con el surgimiento de la

empresa societaria, en el contexto de la revolución industrial y el debate filosófico y religioso.

La segunda parte va dedicada a la sociedad del coste marginal casi nulo. La aproximación a este tipo de sociedad y a la disponibilidad de unos bienes y servicios casi gratuitos se atribuye a los avances de la productividad. Según Rifkin, “cuando se cruza la línea de meta los bienes y servicios son casi gratuitos, los beneficios se evaporan, el intercambio de propiedad en los mercados cesa y el sistema capitalista muere”. El Internet de las cosas es lo que hará posible una nueva organización económica y abocará a la plasmación de un mundo gandhiano, en el que se dará la unión de la producción y el consumo.

El auge del procomún colaborativo es el objeto de la tercera parte. En ella contraponen la célebre “tragedia del procomún” con la “comedia del procomún”. Se acusa al binomio Reagan-Thatcher de ser el detonante de que “el Estado dejara de ser responsable de velar por el bienestar general de la sociedad”, para, posteriormente, afirmar de manera contundente que “con el Estado prácticamente sin competencias [sic] e incapaz de ofrecer un contrapeso viable al mercado privado, muchos ciudadanos iniciaron la búsqueda de otro modelo de gobierno”. Después de tan explícita declaración de principios, Rifkin, haciendo gala de grandes habilidades de persuasivo predicador, se lanza a una encendida defensa del colaboracionismo y de la economía compartida, además de respaldar las reivindicaciones del movimiento antiglobalización y demostrando unas altas dotes para interpretar sus motivaciones: “Los manifestantes que se reunieron en Seattle [en 1999] tenían muy claro a qué se oponían: a la privatización del conocimiento humano y de los recursos de la Tierra”.

La cuarta parte se centra en el capital social y en la economía de compartir. En ella nos brinda una nueva acepción de la libertad: “La libertad se mide más por el acceso a los demás en las redes que por la propiedad en los mercados. Cuanto más profundas e inclusivas son las relaciones de una persona, mayor es la libertad de la que goza”. No deja de ser curioso y ciertamente llamativo cómo alguien puede ser capaz de acotar de manera tan rotunda la forma en la que cada persona debe entender la libertad y tener la osadía de definir los cauces para sentirse libre.

La pérdida de la funcionalidad de la propiedad de un automóvil, el fin de la publicidad, las monedas alternativas o la microfinanciación como alternativa a los intermediarios tradicionales son objeto de análisis en esta cuarta parte.

En la quinta y última es la economía de la abundancia la que asume el protagonismo. Como consecuencia de los costes marginales nulos o casi nulos, la escasez es sustituida por la abundancia, lo que inexorablemente provocará una alteración radical

de la organización de la vida económica. Entonces, el *homo economicus* dará paso, por fin, al *homo empathicus* y podremos vivir en armonía con el medio ambiente.

Ya en el epílogo, el autor insiste en que “la llegada del procomún colaborativo ofrecerá el mejor medio para salvar el planeta y fomentar una economía sostenible basada en la abundancia”, y en que “el mecanismo del mercado es cada vez más innecesario en un mundo de bienes y servicios casi gratuitos organizado en torno a una economía de la abundancia, y el capitalismo se contrae hasta ocupar un nicho del ámbito económico”.

Aun cuando algunos de tales desarrollos sean difíciles de asimilar inicialmente debido a las inercias mentales, no estamos en el campo de la ciencia ficción sino que las mutaciones ya son claramente perceptibles. No son pocos, sin embargo, los interrogantes que se suscitan: ¿cuáles serán las repercusiones para los trabajadores de los sectores más afectados?, ¿qué papel corresponderá al sector público?, ¿cómo se financiará este si hay cada vez menos “transacciones gravables”?, ¿qué consecuencias puede tener la desaparición de los derechos de propiedad?, ¿cuál es el rol de los líderes de las grandes plataformas que dominan el mundo?, ¿qué ocurrirá con la privacidad y la libertad individual?...

En su celeberrima undécima tesis sobre Feuerbach, Marx reivindicaba la necesidad de transformar el mundo frente a la tendencia interpretativa de los filósofos. Insospechadamente, más de un siglo y medio después, es la revolución tecnológica, convertida en una especie de caballo de Troya surgido de las filas del capitalismo, la que está llamada a ejercer el papel que el filósofo alemán ha seguido demandando desde su tumba londinense.